

de un planteamiento teórico, porque la teoría es la condición básica para el desarrollo de una ciencia. Queda aún por elaborar una teoría general histórico-económica que vuelva comprensibles el desigual desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, los desequilibrios temporales y espaciales, es decir que provea los parámetros históricos del subdesarrollo. Hay que considerar la realidad como un sistema cuyos mecanismos de funcionamiento se trata de descubrir. Me sentiré satisfecho si las reflexiones anteriores deliberadamente alusivas han despertado el interés hacia el acercamiento estructural.

Mis reparos nada restan a la aportación sobresaliente de la obra que acabo de reseñar. Ningún estudioso del setecientos novohispano o aun hispanoamericano podrá prescindir de su lectura, tanta rica es su temática. Es un libro clave y le deseo, aunque con retraso, la acogida que de cierto merece.

Claude MORIN

*Universidad de Montreal*

JUAN A. ORTEGA Y MEDINA, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México, U.N.A.M., 1970. 477 pp. Índice Onomástico y Bibliografía.

Con la colaboración del Seminario de Historiografía Moderna Mexicana de la Universidad y en particular de Eugenia W. Meyer, nos entrega el doctor Ortega y Medina esta interesante edición marcada con la impronta de la acuciosidad y riqueza de observaciones características de todas sus publicaciones.

La necesidad de una recopilación de estudios como los que aquí se presentan, se dejaba sentir desde hacía algún tiempo. La intención del autor fue la de seleccionar algunos "estudios críticos un tanto ignorados e incluso insólitos", que sobre el tema de la historia hubiesen sido publicados en México de 1823 a 1936. Creemos que tanto por la selección, como por los estudios críticos que preceden cada opúsculo, o grupo de opúsculos, el cometido fue ampliamente alcanzado.

Esta selección de nueve "Ensayos y Polémicas" —se nos dice en la Introducción—, intenta reconstruir el "horizonte intelectual mexicano relativo a la problemática de la Historia a lo largo de algo más de un siglo. Se trata también de tender un puente entre

las ideas historiográficas de ayer y de hoy, con objeto de que ambas se beneficien mutuamente de las reflexiones y experiencias de los estudiosos”.

Los opúsculos aquí reunidos yacían, en su mayor parte, enterrados en los fondos de las hemerotecas, de donde posiblemente nunca hubieran podido ver nuevamente la luz, ya que siendo publicaciones periódicas, de consulta sólo ocasional, y para una investigación determinada, es muy probable que no hubiesen atraído la atención de ningún investigador profesional, que no se hubiera avocado expresamente a su búsqueda. Por otra parte, el interés de dichos ensayos radica en el hecho de que versan sobre el método propio del saber histórico o bien sobre el análisis crítico de la idea de la historia, lo que nos revela una cierta preocupación, en todos estos autores, sobre las bases teóricas del discurrir histórico. Esto resulta particularmente interesante en los autores del siglo XIX.

Habiendo delimitado el carácter de los ensayos a los puramente teóricos, quedaron evidentemente descartados los opúsculos con carácter historiográfico o bien los fragmentos de la obra de algún autor que diesen su visión particular de la historia. Esta limitación de la selección, si bien elimina textos valiosos, por otra parte permite dirigir la investigación hacia textos concebidos y elaborados con un fin puramente teórico y no dentro de un contexto historiográfico que justifique la validez del método expuesto.

Pero si bien la selección se restringió a este tipo de ensayos, la amplitud del tema impide una cierta homogeneidad en los asuntos tratados, problema que se agudiza al exponer cronológicamente los textos. Quizás una división temática (con las restricciones que impone semejante heterogeneidad), hubiera permitido dar una idea más completa acerca de las motivaciones de cada autor, poniendo en evidencia las similitudes y diferencias de unos y otros en torno a un único punto de la teoría del acontecer histórico.

La división cronológica de la obra abarca, a nuestro modo de ver, cuatro etapas. La primera (1823-1844) comprendería el “plagio” de Lorenzo de Zavala y la polémica entre José María Lacunza y el conde de la Cortina. La segunda etapa (1844-1865) quedaría representada únicamente por el notable opúsculo de Manuel Larrainzar. La tercera etapa (1865-1891) abarcaría a José María Vigil, la polémica entre Guillermo Prieto y Enrique Rébsamen y el opúsculo de Porfirio Parra. La última etapa (1891-1929-1936) comprendería el ensayo de Ricardo García Granados, la polémica

entre Antonio Caso y Agustín Aragón, las tercerías de Brioso y Candiani y A. Beteta (cuyos textos no se incluyen), para finalizar con el ensayo de Jesús Galindo y Villa. Esta cuarta etapa la agrupa el autor bajo el rubro de "Ciclo en torno a Xenopol". Cada autor se presenta precedido de una breve biografía, de una nota sobre el "trasfondo histórico" que le tocó vivir y de una sucinta aunque substanciosa nota crítica. Al final del libro un compendioso índice onomástico permite localizar rápidamente a los autores conocidos o desconocidos citados a lo largo de los textos.

El primer opúsculo es el de Zavala, que ha resultado ser una traducción con el "Zavala touch" de las "Leçons d'Histoire" de Volney. Este plagio notorio, que se les escapó a eruditos historiadores, es puesto aquí en evidencia por razones fortuitas casi y pese al incuestionable deseo que tuvo don Lorenzo de despistar a la posteridad. La traducción "libre" de Volney, que Zavala con verdadera "ligereza intelectual" (el término es moderado), firmó como opúsculo original suyo, nos pone en contacto con la noción ilustrada de la historia que prevalecía en México hacia la época en cuestión. Este ensayo, emparentado sin duda con los de Mably, tuvo vigencia e influencia durante algunos años todavía en Francia, pero pronto sería superado, de ahí que se nos haga un tanto riesgoso relacionarlo, como se hace en la nota crítica introductoria, con los métodos de van Gennep, de Marx y aun de Max Scheler. Además, su cuño ilustrado guarda una deuda indudable con Voltaire, quien no creemos que haya poseído el "inconfundible desdén histórico" que se le atribuye en dicha nota. Por lo demás, el texto de Zavala revela la incipiente preocupación de recobrar, por medio de los estudios históricos, un pasado que nos constituye.

Con la polémica entre Lacunza y el Conde de la Cortina, la preocupación de dotar a los jóvenes de una conciencia histórica nacional, se torna más evidente. Con ellos surge, quizá no por primera vez, pero sí en forma más imperiosa, la idea de la existencia de un pasado histórico propio que da significado a nuestra cultura y nacionalidad. El deseo de reivindicar el pasado creando una conciencia patria, acerca a Lacunza al romanticismo nacionalista de Michelet, mientras que el afán erudito del conde de la Cortina anuncia ya las exigencias metodológicas del positivismo. No obstante la polémica entre ambos autores, la noción de un progreso indefinido, pese al santanismo, subyace como un artículo de fe intocable.

Quizás el texto más atractivo de la selección sea el de Larrain-

zar, quien no sólo hace gala de vasta erudición sino que además nos provee del proyecto estructural de una posible historia de México (y no dejamos de recordar el *México a través de los Siglos* posterior a este ensayo) y como si fuera poco, aun nos dota de una sumaria aunque a veces repetitiva bibliografía para redactar dicha historia. Como bien indica el doctor Ortega y Medina, este ensayo del chiapaneco "es la primera gran meditación en profundidad y por extenso, de un mexicano en torno a la historia y en torno a la manera en que según él, debería escribirse la de México". En Larrainzar se patentiza una idea pragmática de la historia, aunque revestida del manto romántico y científico que prevalecía en los estudios históricos de su época (baste recordar a Burckhardt y a Renán), de la cual nuestro autor no va a la zaga. La necesidad moralizante del conocimiento del pasado se torna evidente cuando expone su idea de la historia como tribunal. Su crítica de los historiadores del pasado colonial, nos revela un intelecto agudo y una vasta erudición. Su obra ha sido injustamente olvidada.

Con el breve aunque substancioso ensayo de Vigil el enfoque del acaecer histórico en general y del mexicano en particular, cobra nueva significación. Manteniéndose al margen de la polémica en torno al valor de la colonización española, Vigil intenta una búsqueda de la personalidad histórica nacional por medio, ante todo, de la educación. Su estudio, aunque influido del positivismo comtiano (ya que ésta era considerada como la doctrina idónea para "lograr rápidamente el tan suspirado progreso"), propugna por un cierto idealismo humanista y mexicanista. Su insistencia en el necesario conocimiento de las lenguas autóctonas de México (en la época de un Pimentel y de un Orozco y Berra) como medio para conocer el pasado prehispánico y su creencia en que el conocimiento del pasado colonial permitiría dar significado a la historia presente sobre la cual gravita, son indicios claros de su amplia visión del pasado. Su moderación entre los extremismos le permitió señalar —y en esto tomó buena enseñanza de Larrainzar— como un defecto nefasto para la historiografía a los partidarios deformadores del pasado y que son los culpables de ése "funesto sentimiento de inferioridad" que ha extinguido, en muchos casos, la energía creadora de la raza mexicana, ya que es indudable, escribe el maestro Ortega y Medina, que "el famoso complejo de inferioridad que trava y frena al mexicano, no deja de ser a fin de cuentas, sino una viciada e incorrecta digestión de

su historia". La intención de Vigil de poner en concordia "los dos polos histórico-políticos de nuestro ser nacional" revelan la "actualidad de su pensamiento crítico" y su espíritu abierto hacia las manifestaciones que intentasen cualquier tipo de resurrección imparcial del pasado histórico nacional.

La polémica Prieto-Rébsamen pone en evidencia la lucha secular, de viejo cuño nacional, entre la historia oficial (y a menudo oficiosa), encarnada en Guillermo Prieto, y la historia objetiva y desapasionada que propugnaba, con indudable sentido común, el pedagogo Rébsamen; el cual hubo de quedar silenciado por las exigencias de una historia que justificase un presente a cambio de condenar un pasado. Con el firme convencimiento de que el verdadero sentimiento patriota se adquiere en las escuelas, Prieto insiste en la necesidad de enseñar a los niños (y en el método de enseñanza coincide con su opositor), una historia "convenientemente encaminada a aprender a razonar, sostener y defender las instituciones liberales y republicanas del país".

El opúsculo de Parra es una interpretación puramente positivista del acontecer histórico. Refuta (influido sin duda por la escuela de Seignobos y Langlois), el acopio laborioso de hechos escuetos, sin intentar inducir o deducir las leyes que los rigen y que forman la verdadera filosofía de la historia. Sin una ley sociológica los hechos de la historia no pueden ser debidamente interpretados. "Esta directa censura parriana a la historiografía positivista de su tiempo —asienta el doctor Ortega con un dejo de ironía— podemos también hacerla extensiva, sin mayor dificultad, a la historiografía pospositiva del nuestro, pues que todavía sigue empeñada en la ejecución de la primera parte de la tarea, sin decidirse a realizar la segunda: a conectar los hechos mediante las necesarias legalizaciones sociológicas válidas."

De mayores alcances que el anterior es el positivismo histórico del siguiente ensayista, don Ricardo García Granados, quien no obstante su apego a las tesis "legalistas" del positivismo, rechaza el determinismo geográfico de Montesquieu y Buckle, las tesis sobre la superioridad de ciertas razas de Gobineau, y el carácter "biológico" de las sociedades humanas propuesto por Spencer, el cual omite, en ese gigantesco organismo, la posible iniciativa personal y el azar. Delimitando así, claramente sus ideas positivistas, García Granados le asigna a la psicología un papel preponderante como ciencia auxiliar de la historia. Aun las explicaciones económicas quedan sujetas a éste método empírico psicológico. Apoyado

en Fouillé sostiene que el progreso en la historia se debe a las "ideas fuerzas o directrices... independientes del medio ambiente, de la raza y del desarrollo biológico". Son particularmente interesantes los puntos en los que García Granados refuta las tesis del alemán Lamprecht, sobre todo en lo referente a la visión organicista del acaecer histórico que propone éste último y en lo tocante a la ineludible brusquedad de los cambios en ése mismo acaecer. Para el mexicano, el desarrollo racional de la humanidad puede ordenar y jerarquizar a las pasiones humanas hasta el punto de que los cambios pueden hacerse en forma pacífica y ordenada dentro de una lucha política sagaz y prudente. El texto de nuestro autor resulta particularmente sugestivo por los años en que fue redactado y publicado (1909-1910) y que advertían ya de la necesidad de un cambio pacífico.

El ciclo en torno a Xenopol se abre con la polémica entre Caso y Aragón y es el debate entre un ex positivista y un positivista "puro". El primero rechaza la posibilidad de hacer de la historia una ciencia, recurriendo a la definición aristotélica que postula que no podía haber ciencia más que de lo general y la historia no reúne éste requisito ya que, para Caso, es la ciencia de lo particular por excelencia. Apoyado en Kant, Croce y Bergson, insiste sobre la singularidad de los hechos históricos y la posibilidad del conocimiento histórico por medio de la intuición.

La violenta respuesta de Aragón se apoya en las ideas positivistas clásicas que afirman que el hecho histórico está determinado por dos variables únicas: tiempo y espacio. Afirma que la definición aristotélica de ciencia es improbable e incompleta pues descarta a los hechos de sucesión, dentro de los que caen los hechos de la historia. Aragón afirma que el carácter científico de la historia no proviene de los hechos particulares sino de las "series o generalizaciones que con los hechos elabora el entendimiento humano". Con base positivista indudable, éste autor divide a las ciencias en "ciencias de leyes o de la repetición y ciencias de series o de la sucesión", de ahí que la historia sea una ciencia, "aunque no de leyes como su hermana la ciencia de la repetición pero sí con iguales títulos". La labor del historiador consiste en buscar los "elementos esenciales" de esa sucesión, que hacen de la historia una ciencia. Rechaza asimismo el intuicionismo de Caso por considerarlo diluyente del verdadero y científico conocimiento histórico.

Terciando en ésta polémica, Brioso y Cadiani se anima no sólo a contradecir a los polemistas sino que, como indica con

sutileza el doctor Ortega, llega incluso a "enmendarle la plana al sabio profesor" Xenopol. Brioso afirma que la historia es una ciencia causal.

La otra tercería es de Beteta quien nos sumerge en las delicias de la ciencia estadística cuyos métodos, afirma, coinciden con los de la desventurada Clio.

El ensayo de Galindo y Villa, que cierra el ciclo de Xenopol y la recopilación del doctor Ortega es un opúsculo extemporáneo a la polémica y que, en cierta manera, repite lo que los polemistas y los terciadores expusieron.

El interés de todos estos ensayos y polémicas, hubiera quizá requerido de un epílogo, que a la par que los resumiese, indicara la posible conexión que pudiese existir entre ellos; aunque por el mismo carácter lineal de la exposición y por la heterogeneidad que indicábamos más arriba, esta labor hubiese sido difícil y quizás también necesariamente incompleta. Para un estudio posterior queda la labor de estudiar este desarrollo de las ideas históricas en México y su cotejo con las de Europa de la misma época.

Para el siglo XIX notamos sin embargo, la ausencia de los artículos de don Agustín Rivera y los de la escuela providencialista de Valverde y Téllez y de don Agustín de la Rosa. Ya para el siglo XX hubiese sido interesante una mención a la polémica O'Gorman-Bataillon que cerraría la serie de debates y ensayos.

Por lo demás, salvo ciertas fichas un tanto incompletas del índice onomástico final y ciertas repeticiones, mal irremediable de una labor de seminario, la obra que se nos entrega es realmente una valiosa colaboración a la historiografía de las ideas históricas en México.

Además, es indudable que esta última aportación del doctor Ortega y Medina, añadida a sus publicaciones anteriores, así como a sus ediciones críticas y a sus publicaciones periódicas, constituye una labor intelectual no siempre reconocida y equilibrada como mereciera. La tan esperada publicación de sus investigaciones sobre el Destino Manifiesto (del cual nos ha dado apenas una pequeña aunque insustituible muestra), así como de otras obras, dormidas injustamente en el cajón, estamos seguros, permitirá acrecentar la ya ingente labor historiográfica del maestro, a la par que proporcionará a los estudiosos obras que sabemos insustituibles.